

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

RUFINO JOSÉ CUERVO

APUNTACIONES CRÍTICAS
SOBRE EL
LENGUAJE BOGOTANO

AÑO

RUFINO JOSÉ CUERVO



BOGOTÁ

2012

filólogo bogotano; debe superar la imagen de su corriente canonización como "santo defensor del buen hablar". Su trabajo intelectual, su capacidad de oír los usos vivos dentro de una comunidad, tanto en los textos escritos como en el habla cotidiana de los hombres, le trajeron conclusiones muy complejas en términos lingüísticos y también sociales y políticos. Esta complejidad, propia de un pensador realmente moderno, es mucho más interesante y productiva que su canonización estática, que se centra en la imagen de un defensor inflexible de la norma lingüística. La lectura de un texto tan rico en matices como las *Apuntaciones* debería mostrarnos que aquello que "sabíamos sobre Cuervo", esa manera en que nuestra cultura "ha decidido leerlo" con el fin de convertirlo en una figura central del panteón nacional, se debería modificar para dar cabida a las verdaderas dimensiones de una obra compleja, dinámica y abierta. Frente a la rígida canonización de su obra, a su repetitiva definición como un pensador conservador, tanto en términos políticos como lingüísticos, deberíamos leer a Cuervo hoy, cien años después de su muerte, de otra forma: con sensibilidad abierta a sus contradicciones y tensiones, a sus modos risueños y, también, a su inusitada modernidad.

NORMAN VALENCIA

Subdirector Académico Instituto Caro y Cuervo.

APUNTACIONES CRÍTICAS

SOBRE

EL LENGUAJE BOGOTANO

CON FRECUENTE REFERENCIA

AL DE LOS PAÍSES

DE HISPANO-AMÉRICA

«Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad de nuestro lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centro de unidad, al de Castilla, que le dio el ser y el nombre».

PUIGBLANCH

EL LENGUAJE BOGOTANO

... como se ve en el estudio de su obra, a su vez, el lenguaje bogotano se conserva, en su esencia, el mismo que el lenguaje bogotano de su tiempo. Después de su muerte, el lenguaje bogotano se abrió a sus contradicciones y tensiones, a sus modos nuevos y, también, a su inusitada modernidad.

NORMAN VALENCIA
 Subdirector Académico Instituto Caro y Cuervo

[Las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* son sin duda la obra más trabajada del señor Cuervo. Las referencias de cada edición son las siguientes: Primera ed., impreso por Arnulfo M. Guarín, 1867-1872. xx-527 págs. — Segunda ed., notablemente aumentada, Bogotá, imprenta de Echeverría hermanos, 1876. xxii-527 págs. — Tercera ed., notablemente aumentada, Bogotá, imprenta de Medardo Rivas, 1881. XLVIII-620 págs. — Cuarta ed., notablemente aumentada, Chartres, imprenta de Durand, 1885. xxxix-571 págs. — Quinta ed., con frecuente referencia al de los países de Hispanoamérica. Muy aumentada y en su mayor parte completamente refundida. París, A. y R. Roger y F. Chernoviz, 1907. xl-692 págs. — Sexta ed., con frecuente referencia al de los países de Hispanoamérica. Muy aumentada y en su mayor parte completamente refundida. París, R. Roger y F. Chernoviz, 1914. xl-713 págs. — Séptima ed., con frecuente referencia al de los países de Hispanoamérica. Muy aumentada y en su mayor parte completamente refundida. Bogotá, editorial El Gráfico, 1939. LXXIV-745 págs.

La presente edición es reproducción de la sexta, que fue la última que dirigió, al menos en parte, el señor Cuervo. En la *Advertencia* con que apareció publicada se explica que el autor, fallecido el 17 de julio de 1911, dejó "en pliegos ya tirados en firme hasta la página 448 inclusive", y que desde la pág. 449, § 576 en adelante, la corrección de pruebas se hizo "bondadosa y gratuitamente por los señores Don Luis Martínez Silva y Don Jesús Antonio Hoyos, comisionados por el consulado de Colombia en París". Se afirma que "los correctores se ciñeron a un cotejo escrupuloso de las pruebas con los originales enviados por el señor Cuervo a la Imprenta" y se aclara la razón de un salto que aparece en la numeración de los párrafos, del 889 al 900, que aquí también se advertirá. Todo esto está demostrando que es esta la edición que ofrece mayor seguridad (la séptima es sólo una copia inexacta), y que no nos falta razón al tomarla como modelo, ya que en ella quedaron recogidas todas las anteriores variaciones y modificaciones.

En cuanto al prólogo, también el autor le fue haciendo graduales transformaciones, aprovechando cada vez los materiales primitivos. Por eso nos ha parecido conveniente reproducir en esta nueva edición tanto el primero, que constituye el punto de partida y es ya obra clásica de nuestra literatura, como el último que dejó el señor Cuervo

manuscrito y en su redacción definitiva para ser incluido en la mencionada sexta edición, pero que no lo fue sino en la séptima, y con mayor exactitud en la colección de escritos que con el nombre de *Disquisiciones sobre Filología castellana* publicó el Instituto Caro y Cuervo en 1950, de donde ahora lo tomamos sin alteración ninguna.

Nota.—Al llegar a la página 793 hallará el lector que se ha pasado del parágrafo 889 al 900. Este salto procede del original de las *Apuntaciones* que hemos seguido, o sea la 6ª ed. de París, y lo hemos mantenido para no alterar las referencias que se han hecho y se hacen a esa obra. Por otra parte, con ello no se vicia en lo más mínimo la sustancia, ni la estructura de la misma.]

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION

I

Es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida, y condición indispensable de cuantos aspiren a utilizar en pro de sus semejantes, ora sea hablando, ora escribiendo, los talentos con que la naturaleza los ha favorecido: de ahí el empeño con que se recomienda el estudio de la gramática. Pero siendo esta materia sobremanera abstrusa en la forma en que se explica en las obras relativas a ella y según se enseña en los colegios, tal que debe mirarse como ramo de alta filosofía, y siendo además esas obras insuficientes para lo que promete su definición por cuanto nada o casi nada nos dicen sobre la propiedad y pureza de las voces, acontece que los alumnos muy escaso provecho sacan de las aulas, y fuera de ellas pocos tienen el valor suficiente para consagrarse a aprenderla. Un libro, pues, escrito no en el estilo grave y estirado que demandan los tratados didácticos, ni repleto de aquella balumba de reglas, generalmente inútiles en la vida práctica por versar en su mayor parte sobre puntos en que nadie yerra; antes bien amenizado con todos los tonos y en el cual se contengan y señalen, digámoslo así, con el dedo las incorrecciones a que más frecuentemente nos deslizamos al hablar y al escribir, debe sin duda ser útil a los que no pueden vacar a estas especulaciones, de poca monta en apariencia, pero en realidad inaccesibles a la generalidad por la aplicación y muchos libros necesarios para ellas. Varias veces antes de ahora se ha acometido entre nosotros y con mayor o menor acierto llevándose a cabo esta empresa, y a satisfacer la misma necesidad nos hemos esforzado en estas *Apuntaciones*; sin la presunción de oscurecer a nuestros antecesores, reconocemos a cada cual su mérito, y confesamos serles deudores de observaciones que acaso se nos hubieran escapado.

Dichos sumariamente el motivo y objeto de esta obra, nos extenderemos algo más sobre su espíritu y el modo como hemos querido darle cima.

II

Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente a la Patria como la lengua: en ella se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarillo popular evoca la imagen de alegres fiestas, y un himno guerrero, la de gloriosas victorias; en una tierra extraña aunque halláramos campos iguales a aquellos en que jugábamos de niños, y viéramos allí casas iguales a donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la Patria. De suerte que mirar por la lengua vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo. Por eso, después de quienes trabajan por conservar la unidad de creencias religiosas, nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispano-americanas, como los fomentadores de aquellos estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas.

Pero ¿y cuál será la norma a que todos hayamos de sujetarnos? Ya que la razón no lo pidiera, la necesidad nos forzaría a tomar por dechado de nuestra lengua a la de Castilla, donde nació, y, llevando su nombre, creció y se ilustró con el cultivo de eminentísimos escritores, envidia de las naciones extrañas y encanto de todo el mundo; tipo único reconocido entre los pueblos civilizados, a que debe atenderse quien desee ser entendido y estimado entre ellos. Dese-

chado éste, pero reconocida la ventaja de un medio solo de comunicación, ¿cuál entre los países de Hispano-América descuella tanto por su cultura que dé la ley a los demás hermanos, les imponga sus idiotismos y alcance a arrancar de ellos para sí el pleito homenaje que de grado rinden hoy a la autoridad de la madre, sancionada por los siglos y el consentimiento universal? Excusado parecería tocar este punto si personas desorientadas que miran con ridículo encono cuanto lleva el nombre de España y cierran los ojos para no ver que en todo lo relativo a lenguaje hemos de acudir a ella, como que gramáticas y diccionarios son españoles o fundados sobre lo español, no graduasen de indigno vasallaje el acatamiento razonable que todos —y ellas mismas sin quererlo confesar— rendimos a la preeminencia de su literatura, y pretendiesen preconizar por árbitros de nuestro lenguaje a sólo los escritores americanos, que, si se saca la caterva de los periodistas, de poca autoridad ordinariamente por razones a todo el mundo obvias, ni son todos tan excelentes que merezcan aquella primacía, ni, los que lo son, han llegado a ser dignos de ella sino mediante su estudio de los modelos castellanos; de manera que el día en que se presumiese componer gramáticas y diccionarios exclusivamente americanos, se carecería para ello casi absolutamente del ejemplo de los más acreditados hablistas y, en general, de las personas cultas. Semejante pretensión no se ha ocurrido ni aun a los Estados Unidos de la América del Norte, patrón que a todas horas se propone a nuestra imitación, con gloriarse de los Prescotts, Irvings, Bryants y Longfellows, y hoy se venera allí a Shakespeare y Pope, a Gibbon y Hume lo mismo que en Inglaterra. Por otra parte esos odios son ya inoportunos, y sólo nos parecen buenos para fingidos en discursos estudiantiles: la Historia tiene ya dado su fallo, y en su tribunal oprimidos y opresores han llevado su merecido; rotas las antiguas ataduras, unos y otros son pueblos hermanos, trabajadores de consuno en la obra de mejorarse impuesta por el Señor a la familia humana; en el templo de la gloria se ven hoy resplandecer los nombres de Ricaurte, Bolívar, Sucre, San Martín apareados con los de Guzmán, Padilla, Palafox y Castaños, y todos

proclaman al mundo que en su raza son ingénitos la sed de libertad y el esfuerzo para conquistarla.

III

Penetrados, pues, de la importancia de conformar nuestro lenguaje con el de Castilla; nos hemos consagrado a observar las diferencias que entre ellos median, y como base hemos tomado el habla común de los bogotanos, por ser la que mejor hemos podido estudiar, y porque en ella, sobre todo en lo impreso, se encuentran resumidas muchas de las corruptelas generalizadas en la República; de suerte que la utilidad de este libro, si llega a tenerla, puede extenderse a todos nuestros compatriotas. La formación de un diccionario completo de los provincialismos del país exigirá la ayuda de muchos colaboradores juiciosos e ilustrados, y es tarea que sólo podríamos emprender en el caso de ver aprobada por el público la presente.

Entre las observaciones consignadas en esta obra las hay, cuales son las relativas a acentuación, disolución de diptongos, conjugación de algunos verbos y permutaciones de letras, que bien podrían formar parte de los tratados de urbanidad, pues no pueden despreciarse sin dar indicios de vulgaridad y descuidada educación; otras, como algo de lo tocante a artículos, pronombres y uso de ciertas inflexiones verbales, van especialmente enderezadas a los escritores y demás personas que aspiren a expresarse con todo aliño y corrección; finalmente, otras, por ejemplo, la acentuación de algunos nombres propios y el uso de ciertas voces, que acaso no podrían reducirse a la práctica sin merecer quien lo intentase la nota de extravagancia o caer en el riesgo de no ser convenientemente entendido; porque no es fácil, verbigracia, que a quien bautizaron *Aristides* se contente con ser llamado *Aristides*, ni tendría motivo de quejarse el que, pidiendo a un criado una *bandeja*, le viese traer una *fuelle*; pero también es cierto que, hablándose del famoso griego conocido con aquel nombre, no se permitiría pronunciarlo mal. y que, como casos semejantes ha habido, podría expo-

nerse a pérdida un comerciante, si en pedidos a correspondientes extranjeros usase *bandeja* por *fuelle*.

Cúmplenos aquí hacer una protesta y dar una explicación, aquélla para nuestros paisanos, ésta para los extranjeros. Sea la primera: jamás ha sido nuestro intento escribir un código inflexible, especie de Alcorán, con el cual hayan de juzgarse los escritos, discursos o conversaciones de los bogotanos; sólo hemos deseado hacer un estudio comparativo para facilitar el cabal aprendizaje de la lengua de Cervantes; rechazamos, pues, cualquiera imputación que se nos haga de querer alzarnos a una odiosa dictadura, para lo cual no tenemos ni títulos ni disposición. Sea la segunda: como en vista de lo mucho que censuramos, pudiera quien no haya pisado nuestro suelo, suponer que aquí hablamos en una jerga como de gitanos, la justicia exige declarar que no hay tal: acaso, mejor dicho, seguramente nadie hay que caiga en todo lo que criticamos como errores, y raros serán los que los hayan oído todos y menos encontrádoslos impresos, pues que son recogidos de entre las diferentes clases sociales y entre individuos de diferentes profesiones. En Bogotá, como en todas partes, hay personas que hablan bien y personas que hablan mal, y en Bogotá, como en todas partes, se necesitan y se escriben libros que, condenando los abusos, vinculen el lenguaje culto entre las clases elevadas y mejoren el chabacano de aquellos que por la atmósfera en que han vivido, no saben otro.

Bueno es también recusar aquí las disculpas alegadas por algunos en favor de sus desaciertos gramaticales: tratándose, suelen decir, de puntos de mucha monta no es dable atender a atildar el lenguaje y obedecer menudos preceptos relativos a la forma; escribiendo, además, de prisa, ¿quién va a reparar en minuciosidades y pequeñeces? El bien hablar es a la manera de la buena crianza: quien la ha mamado en la leche y robustecídola con el roce constante de la gente fina, sabe ser fiel a sus leyes aun en las circunstancias más graves, y en éstas precisamente le es más forzosa su observancia. Es más: quien osa tratar puntos muy altos debe tener muy alta ilustración, y apenas se concibe ésta sin estudios literarios, esmalte y perfume de todas las facultades;

según aquella peregrina idea los escritores más eminentes de todos los países no habrían producido sino obras ligeras, cuando es a menudo todo lo contrario. Claramente: los adhesivos de personas humildes que escriben compelidas por la necesidad cualquiera los disculpa, pero no es fácil ser indulgente a este respecto con los que presumen componer el mundo.

IV

Deseando, como al principio apuntamos, ser leídos no sólo por los escolares y las personas serias sino por toda clase de individuos, nos hemos propuesto hacer grata la lectura de nuestro libro empleando en él todos los tonos, ya criticando con gravedad, ya jugueteando con festivas vayas, ya copiando lugares de los clásicos, ya con disquisiciones y conjeturas filológicas, ya patentizando los errores en que incurrimos con ejemplos puestos de propio marte o sacados de obras de compatriotas nuestros; pero en todo caso declaramos que no procedemos con malignidad; y, en comprobación de esto, baste decir que censuramos pasajes de escritores cuyo ilustre nombre eclipsa el oscuro nuestro, y aun de otros cuya amistad nos honra y cuyas luces nos han servido de guía en éste y en otros departamentos de la literatura.

Quién querría que hubiésemos hecho una obra completamente seria, quién nos asegura que lo que tiene de grave es precisamente lo malo de ella; tal contrariedad de opiniones prueba que había de escogerse un término medio, y que si lo hemos hallado, a todos habremos proporcionado lectura. Proveyendo a esto y en obsequio de la diversidad de gustos, se ha impreso el libro en dos caracteres distintos: en el mayor va lo que puede ser útil a la generalidad de los lectores; en el menor a aquellas noticias que por más recónditas o menos importantes, o por demandar para su inteligencia el conocimiento de otras lenguas, no ofrecen comparativamente mucho interés.

V

No obstante la ojeriza de algunos —hija acaso del despecho de la ignorancia— a las obras que les parecen indicar algún estudio y erudición y el desdén con que miran a quien consagra a ellas sus ocios, por respeto a la sociedad en que vivimos y no por prurito de pedantear hemos dado a nuestras *Apuntaciones* cierto barniz de elevación; que no sería razonable ni decoroso presentarnos como maestros de personas superiores sin acatar su ciencia, exhibiendo siquiera el título de la aplicación como disculpa de la osadía. Fuera de eso, en la época actual, en que hay singular comezón de averiguarlo todo y parece como si los adelantamientos hechos en los varios brazos del saber estimularan la general ansiedad de ver los fundamentos de cada cosa, mal puede alguien sacar a luz sus opiniones sin manifestar al mismo tiempo las razones que las sustentan; y en todas las materias sucede lo que Mariana dice de la Historia, que “no pasa partida si no muestran quitanza”. No nos hemos limitado, pues, a formar un simple catálogo de los disparates más comunes, tarea fácil pero también de poca utilidad, sino que las más veces damos la explicación de lo que exponemos, bien que otras, por evitar prolijidad, asentamos lisa y llanamente nuestros asertos, fundándonos en la autoridad del Diccionario, representante del uso, el cual desde tiempo atrás es reconocido por todos como árbitro, juez y norma del lenguaje.

Siendo el uso y la ciencia del lenguaje las dos bases en que fundamos nuestras decisiones, acaso no se juzgarán inútiles algunas breves consideraciones sobre ellos.

Necesario es distinguir entre el uso, que hace ley, y el abuso, que debe extirparse. Son notas del primero el ser respetable, general y actual. Nadie revoca a duda que en materia de lenguaje jamás puede el vulgo disputar la preeminencia a las personas cultas; pero también es cierto que a la esfera de las últimas puede trascender algo del primero, en circunstancias y lugares especiales; así el aislamiento de los demás pueblos hermanos, origen del olvido de muchos vocablos puros y del consiguiente desnivel del idioma, el

roce con gente zafia, como, por ejemplo, el de los niños con los criados, y los trastornos y dislocaciones de las capas sociales por los solevantamientos revolucionarios, que encumbran aun hasta los primeros puestos a los ignorantes inciviles, pueden aplebeyar el lenguaje generalizando giros antigramaticales y términos bajos; esto sin contar otras influencias, tal vez no tan eficaces, pero que siempre van limando sordamente el lenguaje culto de la gente bien educada; así, en parte pudiera achacarse la diferencia entre la copiosa y más castiza habla de nuestros padres y la nuestra a lo distinto de los libros que andaban en sus manos y los que manejamos constantemente nosotros; ociábanse ellos saboreando con sus familias las obras de Granada, Rodríguez y Teresa de Jesús, mientras que en nuestros hogares, cuando se lee, se leen de ordinario libros pésimamente traducidos o periódicos en que, a vueltas de algo original, menudean también traducciones harto galopeadas. Pero como el objeto del lenguaje sea el entenderse y comunicarse, una vez que los vulgarismos vienen a constituir obstáculos para ello entre diversos lugares, en vista del estado de la lengua en los demás países que la hablan, hay derecho para proscribir lo que sólo por abuso ha logrado privar.

Sucedé también a veces en el lenguaje como con el vestido: no basta que un vocablo o giro sea de buena estofa; requiérese además que esté actualmente en uso, pues es ridículo sacar inoportuna e innecesariamente a relucir anti guallas; ni lo es menos acoger luégo al punto cuantas extravagancias idea el liviano capricho de la moda. Por inaceptables, empero, deben sólo reputarse aquellas voces y giros antiguos que han sido reemplazados con ventaja en lo moderno, y no una multitud de expresiones vigorosísimas usadas por los maestros del siglo de oro de la lengua, olvidadas acaso por nuestra incuria pero no muertas, y que introducidas con tiento acarrear al estilo grande fuerza y majestad. Tampoco debe cerrarse la puerta, por neológicas, a las voces cuya aceptación diariamente reclaman el vuelo de las ciencias y artes y la entrada de nuevos usos y costumbres; en lo cual sólo debe andarse alerta para acomodarlas bien al genio de nuestro idioma y rechazar muchas formadas sólo

para disfrazar cosas viejas con vestido griego o latino. Mucho menos pueden tildarse de neológicos los derivados y compuestos conformes a las leyes de la lexicología castellana; pues como nuestra lengua no es muerta, tiene que desarrollarse, crecer y mirar siempre al sol del progreso, fecundador poderosísimo de las lenguas; sería antes de desearse que los buenos escritores propendiesen con su ejemplo a aumentar en nuestro idioma aquella flexibilidad en que tanto le aventajan las lenguas clásicas y algunas vulgares como la alemana y la inglesa. Tan lejos estamos, pues, de pensar se deba escribir hoy lo mismo que en tiempo de los Felipes, como del extremo opuesto de aceptar las inconsultas innovaciones de aquellos escritores que, no pudiendo ocupar la atención del público con ideas nuevas, desfiguran y abigarran la lengua con frases y voces exóticas o estrafalarias.

Así, pues, el uso respetable, general y actual, según se manifiesta en las obras de los más afamados escritores y en el habla de la gente de esmerada educación, debe ser el reconocido como legislador de la lengua y el representado por los diccionarios y gramáticas fieles a su instituto, cuales son el de la Academia española y la de don Andrés Bello. En efecto, la experiencia nos ha probado que, en punto a diccionarios, a todas luces es aquel el que mejor llena la condición dicha, porque en los demás que conocemos —excluimos el de don Vicente Salvá— generalmente sólo han atendido sus autores a acrecerlos, tomando, sin discreción alguna, cuantas noticias brindan obras extranjeras, y nada han mejorado de lo exclusivamente propio del castellano, reproduciendo el de aquel ilustre Cuerpo, mutilado, maltratado y aun afeado con indecorosos gracejos, tal que parecen carecer absolutamente de conciencia literaria y haber trabajado tan sólo por especulación. En cuanto a gramáticas, la opinión ilustrada no ha menester nuestro dictamen, pues, sin negar los servicios hechos en este ramo por otros literatos, todos reconocen el sobresaliente mérito de la de aquel sabio escritor, ornamento de las letras americanas. Tales son los guías que en especial hemos seguido, mas no tan ciegamente que sólo nos hayamos atenido a sus decisiones: trabajando en la misma veta que ellos, hemos consultado otros autores,

leído y releído los clásicos, y siempre que nos ha parecido oportuno o necesario hemos comprobado nuestras observaciones con textos fielmente extraídos de sus obras; de suerte que si tal vez disentimos de nuestros maestros, no es por antojo, sino por aplicación quizá más cuidadosa o más feliz de su mismo método.

Ni es el uso del todo caprichoso ni corre tan a ciegas, que en estas materias no pueda solicitarse más arrimo que la autoridad de lexicógrafos, gramáticos y buenos hablitas: por un instinto como fatal y conducidos por el sentido común —el genio de la humanidad, como se le ha llamado—, obedecen los pueblos en la formación de los vocablos, en la generación de las acepciones y en la armazón de las frases, a leyes admirables, en ocasiones delicadísimas, que, escudriñadas en los tiempos modernos con la más fina sagacidad, resultan regir las lenguas más distintas, y constituyen con sus importantes aplicaciones la ciencia del lenguaje, o sea la lingüística, base verdadera de la gramática general y criterio segurísimo, superior en cierto sentido a la autoridad y su limitador, aunque también se le subordina en ocasiones; pero por punto general se dan la mano y mutuamente se sustentan. Más que en el estudio del idioma nativo, se perciben los hilos que ha seguido el entendimiento humano para la expresión de sus conceptos al aprender las lenguas extrañas, pues el uso cotidiano familiariza con los objetos y muchas veces es parte a que se pasen inadvertidos; por lo cual dijo Goethe, y dijo con fundamento, que nada sabe de su propia lengua quien ignora las extranjeras¹. Como quiera que esta práctica de comparar y analizar avece el entendimiento a la aplicación de las leyes del lenguaje, nos ha parecido conveniente alegar de cuando en cuando etimologías, cotejar formas y giros y dar luz a varios puntos con la gramática comparativa. Por bien premiados juzgaríamos en esta parte nuestros desvelos si lográsemos despertar en nuestros lectores la afición a estas especulaciones y convencerlos de que “así como sólo conociendo las leyes de la naturaleza y sometiendo a ellas, logra el hombre señorearla; lo mismo,

¹ *Maximen und Reflexionen*, 2te. Abth.

sólo sabiendo y obedeciendo las leyes del lenguaje, logran el poeta y el filósofo aposeñarse de él y manejarlo con destreza”². (Max Müller).

VI

Las naciones hispano-americanas, así por razón de sus climas y zonas como de su constitución política, tienen muchos objetos que les son peculiares, y cuyo nombre pertenece por fuerza al caudal común de la lengua: pretender, pues, hallarles equivalentes castellanos sería tiempo perdido. Otra cuestión ocurre aquí de más ardua solución, y es: cuando un objeto se conoce con varios nombres, ¿cuál de ellos puede reputarse por castizo? Si desde un principio se le impuso uno de raíz castellana, no vacilamos en escoger éste; verbi-gracia, preferimos *gallinaza* o *gallinazo* a *galembo*, *chulo*, *chicora*, *zopilote*, etc. Caso de no haber nombre castellano, como acontece en aquel animal del género *Didelphis* llamado entre nosotros *runcho*³ y en otras partes *chucha*, *chur-cha*, *fara*, *mucamuca*, etc., creemos que en cada país debe escogerse el más usual y, siendo en lo escrito, agregar por vía de paréntesis o nota su definición; esto es tanto más importante cuanto a veces un mismo nombre designa en diversas partes objetos que en nada se parecen; por ejemplo, aquí entendemos por *cafucho* un animal denominado en otros lugares *sáino* (entre los zoólogos *Dycoteles*), y en Antioquia es una especie de tabaco. El uso de voces indígenas o peculiares de ciertas comarcas, desacompañado de semejantes aclaraciones, condena a no ser entendidas fuera del suelo donde nacieron a obras que merecieran otra suerte; dígalos si no la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antio-*

² Max Müller, *Lectures on the Science of Language*, 1st. Ser., Lect. I.

³ Diferénciase del *Didelphis Virginiana* en tener dos molares más, en atención a lo cual el ilustrado cuanto modesto naturalista don Francisco Gómez, a cuya fina amistad debemos y agradecemos esta noticia cree ha de constituir una especie distinta, que él denomina *Didelphis Colombiana*. Alcedo lo llama *mochilera* y Salvá *zorra mochilera*; no sabemos en qué puntos se usen estos nombres, pero si realmente existen, el lector puede buscar otro ejemplo más oportuno.

quia, poema bellísimo que con gusto prohiaría Virgilio, pero que su autor, modesto en demasía o injustamente celoso con sus lectores no antioqueños, destinó sólo a su patria.

Objetos indígenas hay también que por parecerse a otros de la Península llevan nombres castellanos, como el ya dicho *gallinazo* llamado impropriamente por algunos *cuervo*. Especialmente debe suceder esto en el reino vegetal⁴, que, como bellamente lo dice Humboldt, "a algunas plantas de lejanas tierras aplica el colono nombres tomados del suelo natal, cual un recuerdo cuya pérdida fuese en extremo sensible; y como existen misteriosas relaciones entre los diferentes tipos de la organización, las formas vegetales se presentan a su mente embellecidas con la imagen de las que rodearon su cuna"⁵. No pocas veces hemos contemplado con ternura aquellos corazones de hierro de los conquistadores reblandeciéndose al tender por primera vez la vista sobre paisajes parecidos a los de su patria, y fingiendo en sus mezquinas chozas una Cartagena y una Santa Fe, y, como para completar la ilusión, revistiendo en su fantasía los campos con las flores y hierbas, testigos de sus juegos infantiles. Sería curioso comparar la flora y la fauna de América con las de España para sorprender estos afectuosos engaños de la imaginación; pero nuestros conocimientos son desiguales a la empresa.

VII

Era nuestro propósito escribir un capítulo especial sobre voces y acepciones extranjeras, pero hubimos de desistir por el temor de abultar demasiado el libro; hablándose de esto en otras obras, particularmente en el *Diccionario de galicismos* de don Rafael M. Baralt, nos remitimos a ellas. Algo se encuentra en el cuerpo de nuestro trabajo, y en las adi-

⁴ Así, *madroño* es entre nosotros el *Colophyllum madroño*, y en España el *Arbutus unedo*; el níspero es aquí una especie de *Achras*, y allá el *Mespilus germanica*; nuestra *ciruela* es el fruto de una especie de *Spondia*, y la española el del *Prunus doméstica*, etc.

⁵ *Cosmos*, Introducción.

ciones que van al fin agregamos a la ligera algunas voces que no recordamos se hallen en la obra antes citada.

Igual temor nos retrajo de tratar de las voces científicas y geográficas; cosa muy importante a causa del desacierto con que generalmente se las acomoda al castellano, y originado de aprenderse las ciencias a que pertenecen, ya en libros franceses, ya en versiones bárbaramente pergeñadas por personas iliteratas; entre nosotros no ha influido poco en la corrupción de las voces técnicas el descuido con que médicos y naturalistas han mirado ordinariamente los estudios literarios, hasta el punto de, aun tratando con acierto las materias de su profesión, hacerlo casi siempre en un estilo afrancesado y en un lenguaje mazorrall; y no vale la disculpa de que en España no se escriban obras científicas clásicas, porque, caso de ser así, el escribirse mal allende el mar no autoriza a los de aquende a esquivar el hombro de la necesaria labor de crear un lenguaje técnico racional y uniforme. Bien es verdad que sería notoria injusticia restringir a dichas profesiones un cargo que puede hacerse a otras; en los últimos años se ha conferido el título de doctor a individuos que de la escuela de primeras letras han pasado *per saltum* a habérselas con don Juan Sala y los Códigos de Cundinamarca; ya se ve que si los estudios de jurisprudencia y política continúan en este pie, debe la Patria ahogar la esperanza de contar entre sus hijos Jovellanos y Bellos.

VIII

El título de este libro nos redime de cualquier cargo que pudiera hacérsenos sobre el método y orden en él seguidos: bien podríamos haber adoptado otros, bien ningunos; no obstante, en beneficio de los que no han estudiado gramática lo hemos distribuído en capítulos, que por las definiciones puestas a su comienzo bajo el título de *glosario*, puedan presentar un curso elemental, útil acaso para las escuelas si el maestro se toma el trabajo de enseñar oralmente a conjugar. Todavía algunos puntos pudieran haberse tratado en un lugar distinto del que les tocó; pero como la mayor parte de los que tuvieren esta obra no ne-

cesitan recorrerla toda desde el principio hasta el fin, sino consultar una que otra cosa, termina con un copioso índice en orden alfabético, más cómodo y provechoso para el efecto que el método más lógico y riguroso.

IX

Tendremos por bien empleados nuestros esfuerzos si logramos allanar algo el camino a las muchas personas que hoy apetece en esta ciudad perfeccionarse en el conocimiento de su lengua, y si movemos la curiosidad de ahondar estos estudios, para que, corriendo el tiempo, puedan otros desempeñar con más gusto, juicio y erudición la tarea emprendida por nuestras flacas fuerzas.

A la benevolencia con que desde el punto de abrirse la suscripción a esta obra fue acogida, así como a la generosidad de los que nos han comunicado noticias y a la severidad, prenda de estimación, con que nuestros amigos nos han corregido nuestros errores, no podemos corresponder sino consignando aquí la sincera expresión de nuestra profunda gratitud.

PROLOGO DE LA SEPTIMA EDICION

I*

Es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida, y condición indispensable de cuantos aspiren a utilizar en pro de sus semejantes, por medio de la palabra o de la escritura, los talentos con que la naturaleza los ha favorecido: de ahí el empeño con que se recomienda el estudio de la gramática. Pero como esta materia es sobremanera abstrusa según la explican las obras que de ella tratan y según se enseña en los colegios, tal que debe mirarse como ramo de alta filosofía; y además, como esas obras son insuficientes para lo que promete su definición, pues que nada o casi nada nos dicen sobre la propiedad y pureza de las voces, acontece que los alumnos muy escaso provecho sacan de las aulas, y fuera de ellas pocos tienen el valor o el tiempo necesarios para consagrarse a semejantes disquisiciones. Sin duda, pues, será útil un libro no escrito en el estilo grave y estirado que demandan los tratados didácticos, ni repleto de aquella balumba de reglas generalmente inútiles en la vida práctica, por versar en su mayor parte sobre puntos en que nadie yerra; antes bien amenizado con todos los tonos, y en el cual se contengan y señalen, digámoslo así, con el dedo, las incorrecciones a que más frecuentemente nos deslizamos al hablar y al escribir. Varias veces antes de ahora se ha acometido entre nosotros y con mayor o menor acierto llevándose a cabo esta empresa, y a satisfacer la misma necesidad nos hemos esforzado en estas *Apuntaciones*. Sin la presunción de oscurecer a nuestros antecesores, reconocemos a cada cual su mérito, y confesamos serles deudores de observaciones que acaso se nos hubieran escapado.

* [Este § I falta en el original. Reproducimos, para salvar esa laguna, el correspondiente § I de la 6ª ed., París, 1914]. N. del E.